

RECENSIONES

VARIOS, *La résurrection du Christ et l'exégèse moderne*. Cerf, Paris 1969. (Lectio Divina, 50). 191 p., 21 cm.

La obra comprende los trabajos de un simposio de la Asociación católica de Estudios Bíblicos de Francia. El título indica bien el contenido de dichos trabajos: el problema de la resurrección de Cristo y su planteamiento en la exégesis actual. Se estudian el encuadre de la resurrección dentro del pensamiento bíblico y judío contemporáneo (P. Grelot), la interpretación ofrecida por Pablo de la resurrección de Jesús como nueva vida (M. Carrez, profesor en la facultad protestante de París); un análisis crítico de la narración de las apariciones a los Once partiendo del texto de Lc 24, 36-53 (A. George), el sentido de la tumba vacía en las narraciones evangélicas y para la fe (J. Delorme), y la interpretación de las apariciones del resucitado (X. Léon-Dufour).

Los trabajos son de alta investigación científica. Los resultados, altamente positivos: la resurrección como puro hecho histórico apenas convence hoy a la ciencia. Ha pasado el tiempo de la consideración del hecho de la resurrección como dato fenoménico o «argumento» para la fe. Hoy la investigación se centra en el sentido teológico de la resurrección tal como lo experimentó la iglesia primitiva, del que se debe derivar la

dimensión existencial de esa vivencia para el creyente y para el hombre de hoy.

Como la problemática sobre la resurrección ha comenzado a llegar hasta nosotros, muchas veces no con la claridad y serenidad necesarias en tema de tanta trascendencia, esta obra debe ser conocida por la solidez de los trabajos, por las soluciones aportadas, por la honradez de los investigadores que saben distinguir en sus trabajos, y así se lo comunican a los lectores, lo que es todavía mera hipótesis de trabajo de aquello que es certeza histórica o contenido de la fe (cf. p. 133 ss).

El tono de los trabajos puede hacerse difícil para algunos lectores. No obstante considero que los estudiantes de teología, y todos aquellos a quienes preocupa su fe, encontrarían aquí su contenido despojado de adherencias de lenguaje ya superado.—LUIS RUBIO.

J. COLSON, *L'enigme du disciple que Jésus aimait*. Beauchesne, Paris 1969. (Théologie historique, 10). 132 p., 21 cm.

La identificación del autor del cuarto evangelio sigue todavía constituyendo problema. La identificación entre el «discípulo al que Jesús ama-

ba», que se puede considerar con certeza como el autor de todo el cuarto evangelio, y el apóstol san Juan, hermano de Santiago, hijo del Zebedeo, uno de los Doce, había sido posesión pacífica tradicional hasta el s. XVIII en que comienza a ser «contestada». La crítica se centra fundamentalmente en la personalidad del hijo del Zebedeo, pescador de Galilea, que no parece cuadrar con la altura cultural y teológica del «discípulo a quien Jesús amaba», tal como se refleja en el cuarto evangelio. Y en el análisis del testimonio de Ireneo, en que la sentencia tradicional se asienta, que no se halla ciertamente libre de crítica.

J. Colson, uno de los autores que mejor conoce la historia de los primeros tiempos de la Iglesia —son conocidas sus obras sobre el ministerio en los primeros siglos—, ha abordado aquí nuevamente la cuestión. Para ello somete de nuevo a análisis tanto los datos del mismo evangelio (crítica interna) como los testimonios de toda la tradición (crítica externa). Probada la identificación entre «el discípulo al que Jesús amaba» y el autor del cuarto evangelio, el autor analiza los testimonios del s. II. Ninguno de ellos, excepto el de Ireneo, muy discutible, identifica al autor con el hijo del Zebedeo. Muchos indicios de estos testimonios sugieren, y alguno lo afirma expresamente, la existencia de otro Juan, presbítero, que alcanzó en Efeso prolongada ancianidad, cuya catequesis recoge el cuarto evangelio. Este Juan, el presbítero, estaría, pues, a la base del cuarto evangelio. Sería su testimonio el que el evangelio recoge.

Ciertamente tenemos que decir, que aunque en ocasiones el autor no se vea libre de proyectar sobre el testimonio que analiza su propia opción, como es el caso de algunas afirmaciones al analizar el testimonio de Ireneo (p. 29-34), la fuerza de los indi-

cios es suficiente al menos para dar más probabilidad a esta sentencia que a la opinión tradicional. Por otra parte, el análisis de la personalidad del autor, que realiza en el cuarto capítulo (p. 85-106) confirma con datos internos los indicios y afirmaciones de la crítica externa: el autor habitaba en Jerusalén en vida de Jesús, era personaje importante hasta el punto de tener entrada franca en la residencia del sumo sacerdote, conoce perfectamente las intrigas de las clases dirigentes cuando envían emisarios a Juan Bautista y cuando traman la muerte de Jesús, conoce las palabras de Caifás. Su conocimiento de la liturgia del templo indica que pertenecía a la clase sacerdotal, y aunque no se pueda afirmar que fuera personalmente discípulo del Bautista, todo parece indicar que comulgaba con los anhelos reformistas del sacerdocio, del que tenemos un ejemplo típico en la comunidad de Qumran. Muy posiblemente éste discípulo de Jesús era el hombre de confianza que Jesús tenía en Jerusalén, «el discípulo a quien Jesús amaba», y en su casa se celebra la última cena, ocupando él el puesto de la derecha del huésped de honor, Jesús, y por consiguiente, pudiendo en aquella solemne ocasión reclinar en el pecho de Jesús (Jn 13, 25). A él, presente junto a la cruz, encomienda Jesús su propia madre, y en su casa es recibida, así como Pedro, después de la traición, y la primera comunidad de creyentes. En ella tendría lugar Pentecostés. Más tarde, después de la muerte de la madre de Jesús el sacerdote Juan, el hombre de confianza de Jesús, se establecería en la comunidad de Efeso, fundada por Pablo, y la iluminaría con su testimonio y con la inteligencia privilegiada que él adquirió del misterio de Jesús.

Como se ve con esta sentencia nada pierde el cuarto evangelio ni de su

valor *apostólico* —Juan, aunque no perteneciera al círculo de los 12, sí pertenece al círculo más amplio de los apóstoles de la primera hora— ni menos de su valor *histórico*: el discípulo al que Jesús amaba fue testigo privilegiado de la actividad de Jesús en Jerusalén, y se halla íntima y cordialmente relacionado con los 12, especialmente con Pedro, Felipe y Andrés, de quienes ha podido recibir la información precisa referente a las pocas escenas galileas que ha recogido en su catequesis.

Por todo ello ningún estudioso del cuarto evangelio puede desconocer esta preciosa síntesis que aporta luz espléndida sobre el enigma del discípulo a quien Jesús amaba.—LUIS RUBIO.

A. VANHOYE, *Situation du Christ. Hebreux 1-2*. Cerf, Paris 1969. (Lectio Divina, 58). 404 p., 21 cm.

Hace ya años que esperábamos la aparición de esta obra los que pudimos asistir al curso de exégesis de la Carta a los Hebreos que dictó el P. Vanhoye en el Instituto Bíblico durante el año 1963-64. Esta obra recoge, matizándolas, ampliándolas, las explicaciones de aquel curso sobre los dos primeros capítulos.

El título responde bien a la idea fundamental que el autor del sermón —que sermón es y no carta, como ha podido demostrar el mismo P. Vanhoye en su anterior obra: *La estructura literaria de la carta a los hebreos*, y que sintetiza al comienzo de ésta, analizando el género literario del prólogo (p. 9-50)—. En los dos primeros capítulos, en efecto, se expone la *situación de Cristo: sus relaciones con*

el Padre, definidas como relaciones de filiación propiamente dicha, de poder divino que se extiende a toda la creación en el espacio y en el tiempo, de entronización victoriosa en Dios en igualdad con él. Y sus *relaciones con los hombres*, como consumidor perfecto y único de la vocación fundamental e inicial del hombre al dominio del cosmos, en solidaridad redentora y fraternal, hasta la misma muerte, con el linaje de Abrahán, para cuya liberación salvadora ha sido Cristo constituido Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en orden a las relaciones con Dios. Como transición entre ambas exposiciones el autor del sermón habla de la situación privilegiada del creyente poseedor de una salvación tan grande, y de los deberes de fidelidad a la misma.

El método del autor en la exégesis es metódico. Nada da por supuesto, no deja nada a la imaginación. Todas las afirmaciones son fruto de un análisis minucioso de los datos del escrito que interpreta. El P. Vanhoye tiene una rara capacidad de trasladarse mentalmente a los tiempos del autor del escrito, de situarse en su misma perspectiva, de encarnar su propia mentalidad. Así descubre con asombrosa exactitud y acierto la fundamentación del pensamiento del predicador, sea quien fuere, y más allá de su formación helenística, en las esperanzas y el vocabulario del pueblo de Israel tal como se refleja en el Antiguo Testamento, y, por otra parte, en el acontecimiento real de la historia, la muerte y resurrección de Cristo, que ilumina aquellas esperanzas, transforma el sentido de aquellas palabras, indicando el modo del cumplimiento y de la superación de las mismas. Todo esto supone un esfuerzo mental, una erudición que hacen del comentario del P. Vanhoye a la Carta a los hebreos, que se inicia con este